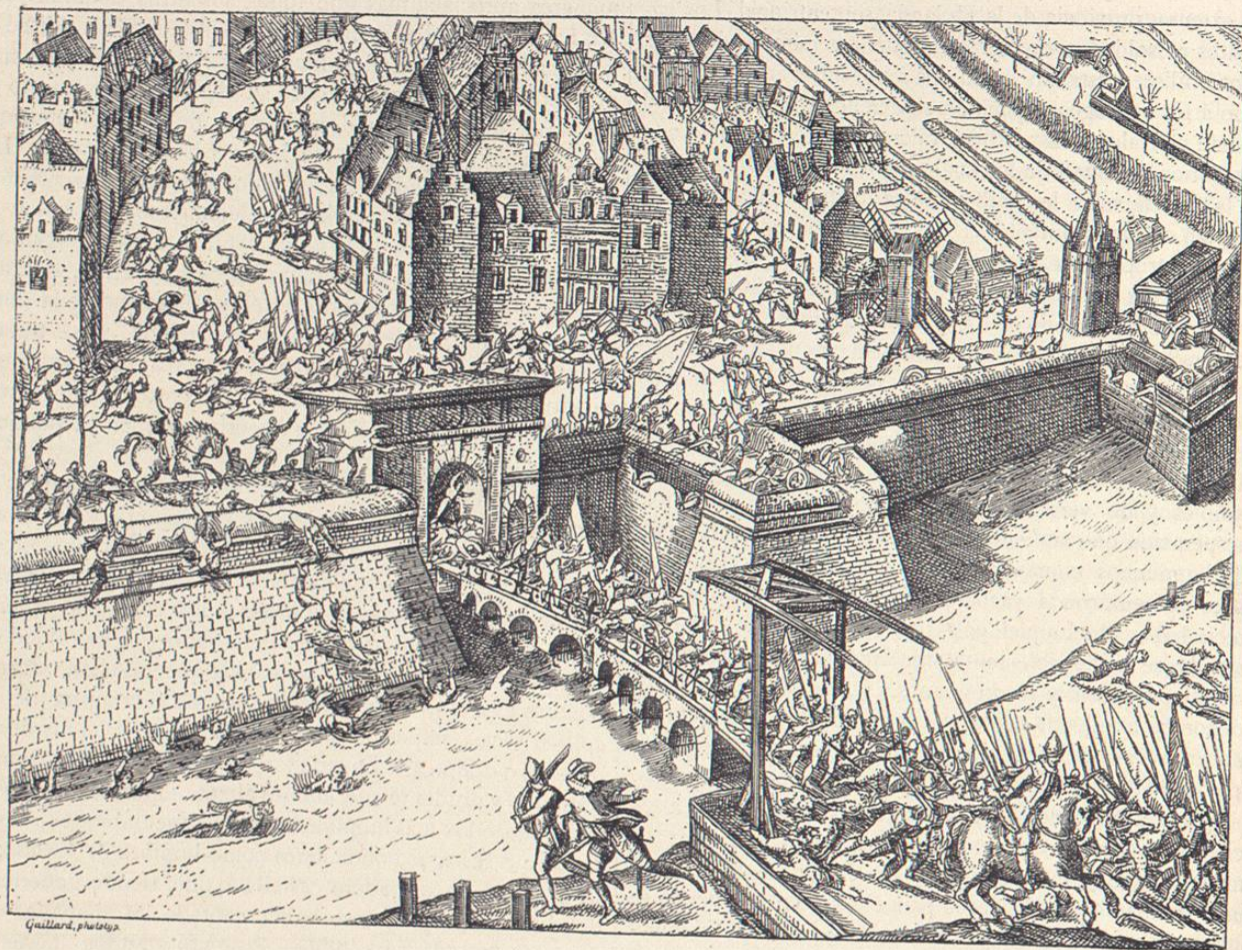


ejército, que costaba al año siete millones de ducados, y al cual se debían, á la llegada de Requesens, seis millones y medio. Los soldados estaban insubordinados y no obedecían: y los mas de los altos oficiales y elevados funcionarios estaban cansados de las incesantes y terribles matanzas. El mar estaba completamente dominado por la escuadra de los mendigos. Requesens, por mandato del rey, cuyo autógrafa aceptando y recomendando el plan existe todavía, intentó *expedir* (según expresión propia) al príncipe de Orange y al conde Luis de Nassau; pero los asesinos comprados por el gobernador fueron presos y ejecutados.



Saqueo de Amberes. Facsímile de un grabado en cobre de F. Hogenberg

á los bisoños regimientos de los rebeldes. Cuando el conde Luis de Nassau envió á su hermano un pequeño ejército de diez mil alemanes y franceses, los españoles cayeron sobre estas tropas, antes de que pudiesen reunirse con el de Orange, y las derrotaron en la llanura de Mooker, en 14 de abril de 1574. El ejército protestante quedó completamente aniquilado, y el heroico conde Luis y otro hermano del de Orange, el conde Guillermo, perecieron en el combate. La muerte de Luis, especialmente, fué una gran pérdida para la causa de la libertad.

Pero Requesens perdió muy pronto el fruto de esta victoria, porque sus propias tropas, que hacia años no cobraban sus pagas y estaban de continuo en luchas sangrientas, se sublevaron contra él y le impidieron proseguir sus empresas. Todo cuanto hacer podia era comenzar de nuevo el sitio de Leiden, que antes en vano había intentado; la ciudad sitiada; á pesar de la carestía y necesidad que en ella se notaban, supo resistir con gran constancia gracias á los esfuerzos del burgomaestre Pedro van der Werff; hasta que, viendo que el hambre y el tifus ocasionaban millares de

El príncipe sintió renacer en su ánimo la esperanza. En Zelanda fué, de isla en isla, juntando á los habitantes, para que impidieran á los españoles tomar el desquite del sitio de Middelburgo, capital de la importante isla de Walcheren, cercada hacia mucho tiempo por los patriotas. El éxito coronó sus esfuerzos, pues consiguió reunir una porción de buques que derrotaron por completo á la escuadra española reunida delante de Middelburgo, á consecuencia de lo cual la valiente guarnición tuvo que entregar la ciudad á los rebeldes, siendo toda la Zelanda evacuada por los españoles.

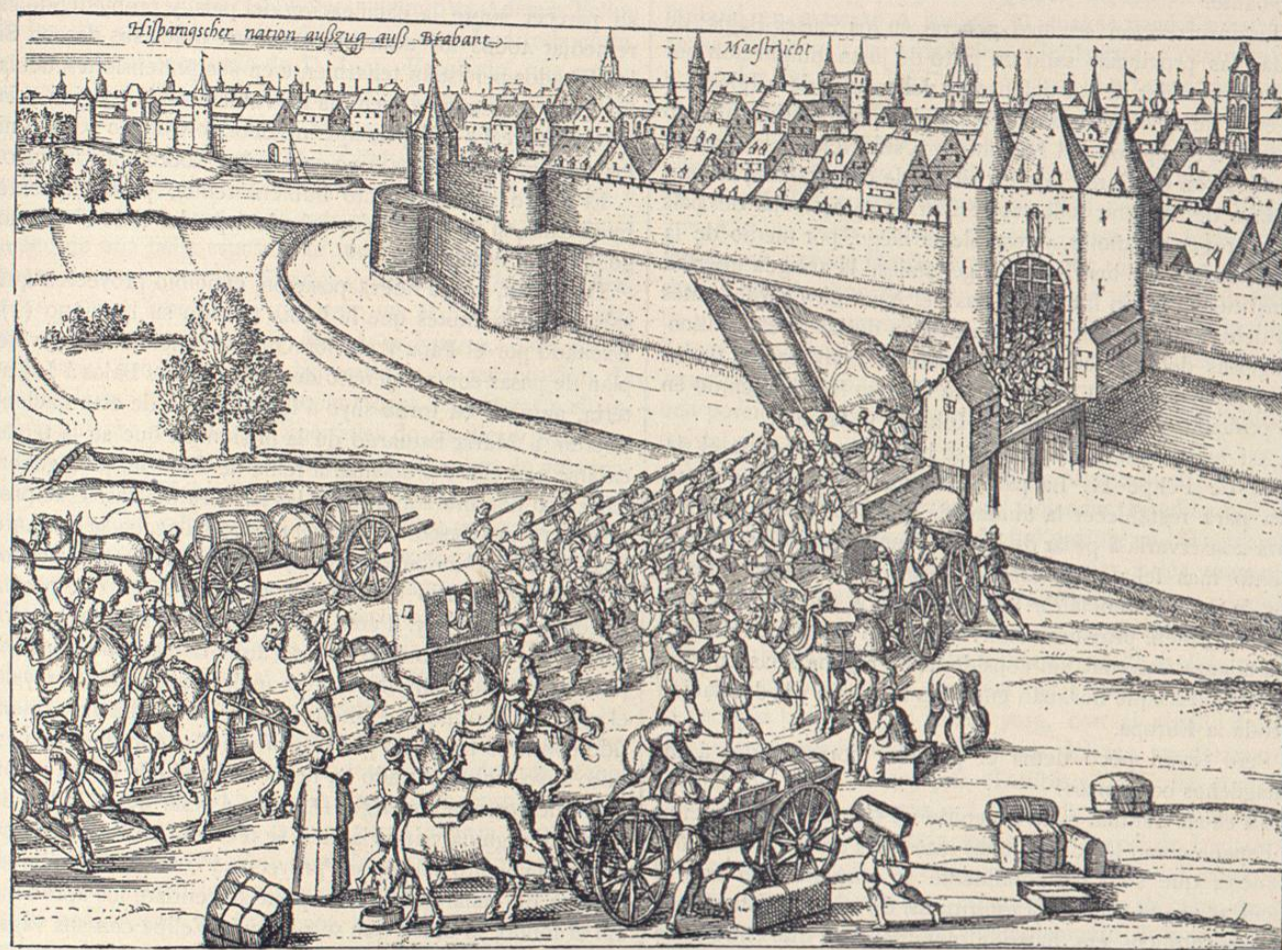
Estos eran ciertamente muy superiores, en campo abierto,

víctimas, los holandeses apelaron al desesperado medio de romper los diques. «Antes una comarca assolada que perdida:» tal fué la resolución que adoptaron los Estados holandeses. Los perjuicios que este rasgo ocasionó al país se estimaron en 700,000 escudos de oro; pero gracias á él se salvó Leiden. Las olas se extendieron por la comarca y, azotadas por los vientos del equinoccio, llegaron hasta las mas elevadas posiciones de los españoles. Estos tuvieron que emprender una precipitada fuga, pero atacados por las ligeras embarcaciones de los mendigos marítimos zelandeses, que les salieron al encuentro, trabóse un combate, en el cual perecieron mas de 15,000 españoles, ahogados muchos y otros víctimas del fuego y de los golpes del enemigo (otoño del año 1574). Terrible derrota fué esta para los españoles: la mayor parte de la Holanda estaba libre. Para recompensar el heroísmo de la ciudad y para indemnizarla de las pérdidas sufridas, fundaron en ella, Guillermo y los Estados de Holanda, una Universidad que, en el espacio de tres siglos se ha conquistado y ha sabido conservar gran consideración y fama. De esta suerte corrían parejas, en Holanda, los intereses

intelectuales con los políticos y militares. En medio de la crisis y de las angustias del sitio de Leiden celebróse, en Dordrecht, la primera asamblea eclesiástica de los reformadores de Holanda y Zelanda, en la cual presidió un espíritu moderado y liberal, como lo prueba el que se calificara el matrimonio de contrato civil. Así se dejaba sentir la influencia del espíritu despreocupado y claro del de Orange.

La carta de fundación de la Universidad de Leiden había sido extendida todavía en nombre de Felipe II; pero como Requesens comenzaba de nuevo, y no sin éxito, la lucha, los Estados de Holanda acordaron dar un paso decisivo, decla-

rando las dos provincias, en octubre de 1575, en Delft, á la faz de la extensa monarquía española, su separación de los dominios del monarca español. Al proceder así no penetraron seguramente en conquistar una completa independencia; al contrario, ofrecieron su soberanía á las potencias vecinas, Francia é Inglaterra, pues aun consideraban imposible existir sin el apoyo extranjero; pero el rey de Francia é Isabel no quisieron recibir el gobierno de ambas comarcas, el uno de manos de los herejes y la otra de manos de los rebeldes; y en vista de esto, el de Orange se encargó del gobierno con poderes poco menos que ilimitados.



Salida de los españoles de Maestricht. Facsímile de un grabado en cobre de F. Hogenberg

Fué una suerte para él y sus amigos, que muy pronto, en marzo de 1576, Requesens, aniquilado por los cuidados y por los disgustos muriera de unas calenturas agudas á los cincuenta y un años de edad. Su muerte determinó la ruina completa de la dominación española en los Países Bajos, pues la débil autoridad del Consejo de Estado no se mostró á la altura de las difíciles circunstancias. Las tropas, que hacia años no cobraban sus pagas, y que entonces se veían además privadas de sus jefes mas queridos, se sublevaron en todas partes. El mismo Consejo de Estado tuvo que apelar á las distintas provincias para que proporcionasen soldados que al fin y al cabo habían de poner en jaque á los ejércitos del rey; y envalentonado entonces el pueblo flamenco, utilizó las armas que el gobierno ponía en sus manos para exigir que se le devolvieran sus antiguas libertades. En seguida los Estados de Brabante, de Flandes y de Hainaut manifestaron deseos de entrar en negociaciones con el príncipe de Orange; y cuando el Consejo de Estado se negó á satisfacer este deseo, sus principales miembros, entre ellos Berlaymont y Viglio, se vieron atacados por numerosas turbas de conjura-

dos que les hicieron prisioneros (setiembre de 1576). Este atrevido golpe puso el gobierno de los Países Bajos en manos del partido de la resistencia y de la independencia.

Los generales y coroneles españoles lo reconocieron muy pronto y decidieron oponerse por medio de la violencia á la dominación del partido nacional (1). Para ello aprovecharon la indisciplina de sus soldados, á los cuales significaron que la culpa de que no se les pagara la tenía únicamente al traidor Consejo de Estado. De esta suerte lograron formar un ejército puramente español en medio de los Países Bajos, independientes de hecho, aconteciendo muy luego graves y públicos conflictos.

La guarnición española de la ciudadela de Amberes, descontenta por no haber recibido, hacia tiempo, paga alguna, y excitada por sus propios oficiales, armó un conflicto con la guarnición de los Estados de la ciudad. El día 4 de noviembre de 1576 los soldados españoles se echaron á la

(1) Juste: *Historia de la revolución de los Países Bajos*, II, II (Bruselas 1867), pág. 111.



calle, vencieron, á pesar de ser proporcionalmente pocos en número, toda resistencia, arrollaron cuanto á su paso se oponía, asesinaron á mas de 5,000 personas y llevaron el incendio y el saqueo á toda la ciudad, emporio del comercio de la Europa septentrional. Los daños inmediatos que esta «furia española» causó á la ciudad de Amberes, se estimaron en quince millones de florines de oro, pero mayores fueron todavía los perjuicios que ocasionó tal acontecimiento á la prosperidad mercantil de la ciudad que se vió cada vez mas abandonada por los comerciantes extranjeros. Desmanes análogos ocurrieron en otras ciudades de la Flandes y del Brabante.

La insurreccion se hizo general en los Países Bajos: de todas las provincias salió un grito de justa indignacion por tan vil proceder de los defensores del trono y de la Iglesia, y ya en 8 de noviembre de 1576 los plenipotenciarios de todo el país, á excepcion del Luxemburgo, suscribieron la llamada pacificacion de Gante (1). En virtud de este tratado, las provincias debían unir todos sus esfuerzos para arrojar del país á las tropas españolas, y restablecer luego, por medio de la convocacion de los Estados generales, la antigua libertad constitucional. En las provincias del Norte, los protestantes no debían ser molestados y la decision de las leyes político-religiosas debía reservarse á la posterior convocacion de los Estados generales. El príncipe de Orange fué mantenido en su posicion de gobernador de Holanda y Zelanda.

Así pues, casi todo el país se habia alzado contra el sistema de Felipe II. La pacificacion de Gante fué la tentativa para restablecer la unidad de todos los Países Bajos y para conservarla á pesar de las disidencias religiosas. El momento mas feliz y de mayores esperanzas para la lucha por la independencia de los Países Bajos, fué aquel en que las diez y siete provincias convinieron en reproducir la antigua alianza fraternal, sin consideracion alguna á las cuestiones religiosas que llevaban entonces la guerra y la desolacion á toda la Europa.

Pero ¡cuán poco debía el porvenir corresponder á tan halagüeños comienzos!

La causa del mal éxito obtenido no era tanto la oposicion á España como las disensiones intestinas de los mismos flamencos, que solo temporalmente se suspendieron con la pacificacion de Gante. El espíritu así de los calvinistas como de los católicos era hartamente intolerante, para que entre ellos pudiese reinar por mucho tiempo la armonía. Entre el de Orange, que queria conservar el poder supremo, y el resto de la alta aristocracia, que envidiaba su posicion, eran inevitables graves disidencias.

Felipe estaba dispuesto á ceder, es decir, á procurar una transaccion pacífica con los rebeldes, pues no le quedaba otro recurso si no queria perder aquellas provincias, desde el momento en que le faltaban hombres y dinero para reconquistarlas por la fuerza. Así es que, en la esperanza de poder utilizar en lo porvenir alguna circunstancia favorable para sus planes, procuró captarse las simpatías de los flamencos y reducirlos al silencio apelando á la bondad y á la dulzura. En este punto procedió conforme á lo que, desde Roma, le aconsejaba el astuto Granvella, á saber: transigir con los Países Bajos á toda costa, menos á costa de la religion y de la autoridad real, pues una vez que los rebeldes hubieran depuesto las armas y gustado los beneficios de la paz, se podría conseguir por medio de negociaciones hábilmente conducidas mucho mas que apelando á la violencia (2). Siguiendo

(1) Th. Juste, *La pacificacion de Gante* (Bruselas 1876): contiene las actas correspondientes, pero carece de valor científico propio.

(2) Gachard, *Correspondencia de Felipe II*, tomo II, pág. 62.

do, pues, este consejo dedicóse Felipe con especial cuidado á apaciguar á los flamencos, accediendo á sus deseos, con intencion de darles un gobernador de gran consideracion y al propio tiempo agradable á ellos. Para este cargo escogió á su hermano natural, D. Juan de Austria.

Este hijo del emperador se parecia, en efecto, extraordinariamente á su padre, tan querido en los Países Bajos; y además por el hecho de haber sido criado en sus primeros años en aquel país, sus habitantes le consideraban como compatriota. Las instrucciones que recibió D. Juan fueron muy pacíficas (3): el príncipe debía escribir á todos los Consejos de Estado, gobernadores y personas principales, pidiéndoles su parecer sobre la pacificacion del país, y prometiéndoles remediar todos los abusos y satisfacer todos sus deseos. Si los Estados persistían tenazmente en sus pretensiones, debía D. Juan aceptarlas «mientras no vulneraran la religion y la autoridad real.» El príncipe no debía olvidar lo pasado ni los conflictos ocurridos, sino solo echar sobre ellos un velo.

El nuevo nombramiento hubiera tenido probablemente buen éxito, si no lo hubiese echado á perder todo el mismo gobernador nombrado.

Don Juan, en su nueva posicion, concibió proyectos que salían de los límites que le habia trazado su hermano (4). Excitado por el Papa y por los Guisais, concibió el atrevido plan de pasar con un ejército desde los Países Bajos á Inglaterra, agrupar en torno suyo á los católicos de esta nacion, libertar á María Estuardo de la prision en que se la tenia, casarse con ella y proclamarla reina de Escocia, para gobernar en su nombre sobre todas las islas Británicas. Este proyecto tan novelesco como aventurado halagaba la brillante imaginacion del ambicioso jóven, el cual, para llevarlo á cabo, se unió al secretario de Estado Antonio Perez que poseia la confianza del rey. Perez consintió, al parecer, en todo, considerando el gobierno de los Países Bajos como el mejor punto de partida para la empresa inglesa; pero pronto reveló el secreto del príncipe al monarca, que ya estaba muy resentido contra su hermano por la arbitrariedad con que, sin permiso suyo, habia entrado en negociaciones con Roma y con los franceses. Sin embargo, D. Juan, á pesar de la órden de partir en seguida para Flandes, se presentó en España, puso en conocimiento del rey sus proyectos y consiguió de él que, aunque de mala gana y con poca sinceridad, los aprobara. En el fondo, lo único que se proponía Felipe con sus vagas promesas era conseguir que D. Juan aceptase el mando supremo de los Países Bajos y que lograra la pronta y completa pacificacion de aquellos territorios (5), á cuya empresa debía dar comienzo con las tropas españolas, que sin esto habrían tenido que abandonar la Bélgica. Pero la desconfianza con que Felipe miraba á su hermano natural aumentaba de dia en dia.

¡Cuán desengañado se vió D. Juan cuando á principios de noviembre llegó á Luxemburgo! Su presencia no hizo mas que impedir que esa provincia, la única, entrara en la pacificacion de Gante (6). Las primeras noticias que recibió á su llegada fueron la conclusion de aquel tratado contra España y el saqueo de Amberes. A propuesta del de Orange

(3) La minuta de las instrucciones secretas que dió el rey á D. Juan se encuentra en Gachard, *Correspondencia de Felipe II sobre los asuntos de los Países Bajos*, III, 335.

(4) Compárese la excelente digresion sobre D. Juan que se encuentra en la obra de Ranke *Príncipes y pueblos* y la carta de Juan de Escobedo á Felipe II en los *Documentos inéditos para la Historia de España*, tomo I, pág. 295.

(5) *Memorial de Antonio Perez*. Obras (edicion de Ginebra 1676), página 300.

(6) Gachard, *La Biblioteca nacional en Paris*, I (Bruselas 1875), página 157.

los Estados generales, reunidos en Gante, le negaron la obediencia hasta tanto que aceptara la pacificacion, y juntaron sus tropas con las de Guillermo, el cual habia retirado su sumision al rey y ofrecido la soberanía de los Países Bajos á un monarca extranjero. Ante todo lo que querian los flamencos era verse libres de la dominacion española. «Prefieren llamar á los franceses, y hasta á los turcos, antes que consentir la permanencia de los españoles en los Países Bajos.» Así se expresaba D. Juan en carta dirigida á su hermano con fecha 6 de diciembre de 1576 (1). En aquel tiempo el poder español estaba tan quebrantado en los Países Bajos, que don Juan prefirió someterse á condiciones un tanto humillantes, antes que provocar un rompimiento definitivo. Además Felipe le instaba vivamente á que firmara un tratado á toda costa, ordenando al secretario de D. Juan, Escobedo, que contuviera los impulsos apasionados del príncipe ante las pretensiones de los Países Bajos. Tampoco disgustaba, como ya sabemos, á D. Juan tener en los Países Bajos tropas disponibles, pues su plan era dirigirse con ellas á Inglaterra y conquistarse un gran reino por medio de la lucha y de la mano de una bella esposa. Por todas estas causas, firmó, en enero de 1577, con los Estados generales la *Union de Bruselas*, que, en febrero, se transformó en el *Edicto permanente* del gobernador general de *Marche-en-Famené*. Este edicto ordenaba, conforme á lo dispuesto en la pacificacion de Gante, la salida inmediata de las tropas extranjeras y el restablecimiento de todas las libertades de las diez y siete provincias, y confirmaba al de Orange en su cargo de gobernador general de Holanda y Zelanda. La religion católica debía ser mantenida, y la mayoría de los Estados generales adoptó una conducta algo intolerante. En suma, todas las discordias parecían terminadas, bien que favorablemente á los Países Bajos. Felipe estaba bastante satisfecho al ver que, por aquel convenio, quedaba en pié su autoridad. En mayo de 1577, hizo D. Juan su entrada triunfal en Bruselas y consiguió adquirir pronto una gran popularidad.

Aquel país tan azotado por la desgracia parecia entrever un porvenir risueño: los resultados conseguidos por el momento eran una union tolerable, un gobierno propio en manos de un representante propio, y una alianza meramente defensiva con España. Pero la ambicion de D. Juan destruyó en breve los beneficios apenas suficientes conseguidos; pues quiso acabar con los flamencos, con aquella «coleccion de truhanes» (como les llamaba en una carta dirigida á un amigo (2), que le gobernaban mas á él que él á ellos, para poder luego llevar á cabo su atrevida expedicion á Inglaterra. Por esto pidió con insistencia á Felipe II su exoneracion rogándole que le sustituyera con Margarita de Parma, la cual tenia las simpatías de «la coleccion de truhanes,» ó con otra pariente del rey. Por esto tambien suplicó á los Estados generales que le permitieran aplazar la marcha de las tropas, porque esta no podía verificarse por tierra, sino por mar, para lo cual era antes preciso organizar una escuadra. Es evidente que, partiendo el ejército por la Lorena y el Franco Condado, no habia que pensar en la expedicion á Inglaterra. Pero en ninguna de estas dos cosas vió cumplidos sus deseos; pues los Estados generales exigieron la inmediata salida de las tropas españolas, enemistándose por ello con el gobernador general. Felipe desconfiaba en extremo de su hermano natural: en vano este trataba de persuadirle de que «la sumision de los Países Bajos solo podia realizarse en Inglaterra (3).» D. Juan habia conquistado á favor de sus

planes á su secretario Escobedo, antiguo amigo de Ruy Gomez, príncipe de Eboli, que habia sido puesto á su lado para vigilarle, y con cuyo auxilio habia reanudado sus antiguas relaciones con Antonio Perez. Este gozaba entonces de la consideracion de Felipe, y puesto al frente de los negocios públicos se mostró instruido, práctico y moderado, aunque era en extremo desleal, libertino y orgulloso. Cuanto sabia de Escobedo y de D. Juan lo puso en conocimiento del monarca, incluso que el segundo estaba en negociaciones, por cuenta propia, con el Papa para la empresa de Inglaterra (4). Una conducta tan arbitraria y ambiciosa por parte del hermano que parecia querer sacudir su autoridad, indignó en extremo á Felipe, el cual se negó á prestar su consentimiento á la expedicion á Inglaterra, á pesar de las instancias del Papa. La Curia romana, al proceder así, tenia solo en cuenta los intereses católicos, pero la soberanía y grandeza propias eran para Felipe de mayor importancia que el mismo deseo del Padre Santo. Por eso privó á D. Juan de los recursos necesarios para pagar á sus tropas, y mandó que estas salieran del país, cosa que hicieron de mala gana, porque la mayor parte de los soldados se habian casado con flamencas, y habian llegado á ser padres de familia y á poseer algunos bienes. Su partida, dice Roda (uno de sus coroneles) parecia la salida de Egipto de los hijos de Israel; y en efecto, á ejemplo de estos, se llevaron consigo una porcion de preciosidades que pertenecían á los habitantes del país.

El mal éxito de sus planes y esperanzas indignó á D. Juan y le hizo concebir proyectos de violencia, reteniendo á los españoles todo el tiempo que le fué posible en las cercanías de los Países Bajos y negándose á licenciar á los mercenarios alemanes. Ya queria ponerse al frente de su pequeño ejército y marchar contra los hugonotes de Francia, para aliarse estrechamente con los Guisais, y unido á ellos, poner bajo su dependencia las coronas de Francia y de España; ya pensaba regresar á su patria para, con el auxilio de sus amigos y aprovechando las dolencias del rey, apoderarse de la direccion de la monarquía. Tambien en Italia contrajo alianzas secretas. Además, y á pesar de la oposicion de su hermano, estaba en negociaciones con Isabel de Inglaterra para un matrimonio con esta princesa (5), la cual, como sabemos, entretenia muchas esperanzas con el cebo de su mano y sabia emplearle como complemento de sus hábiles negociaciones diplomáticas.

Felipe estaba enterado de todo por Antonio Perez, el cual, con el beneplácito del rey, desempeñaba el poco honroso papel de agente provocador, y bajo la máscara de íntima amistad y aparentando injuriar al monarca, que escribía de su propia mano los borradores de estas cartas de su secretario, llegó á sorprender el secreto de los planes de Escobedo y de su señor. Era esta una comedia infame del soberano con sus mejores funcionarios, del hermano con el hermano. El rey puso al lado de su gobernador general muchos espías (6). Solo en una cosa eran del mismo parecer Felipe, D. Juan, Perez y Escobedo: en el proyecto de asesinar á Guillermo de Orange. El constante deseo de D. Juan era acabar con el de Orange (7); la dificultad solo estaba en encontrar quien se encargara de llevar á cabo tan arriesgada empresa. El hijo del emperador era infatigable cuando se trataba de conspirar contra la vida de las personas que le eran antipáticas.

(4) Perez. Obras, pág. 302.

(5) Gachard, *Correspondencia de Felipe II*, III, 185.

(6) Forneron, *D. Juan de Austria en los Países Bajos*; *Revista de Francia*, XLVI, 514.

(7) Gachard, obra citada, V, 297.

(1) Gachard, *Correspondencia de Felipe II*, tomo II, pág. 157.

(2) Morel-Fatio, pág. 116.

(3) Labanoff, *Cartas, memorias é instrucciones de María Estuardo*, V, 9.